

como defensores de la fe, incluso en contra de los deseos de Enrique VIII, se refiere también a su honda espiritualidad (pp. 131-177). Pole y Cranmer fueron dos reformadores, que aplicaron sus ideas renovadoras dentro y fuera de la Iglesia católica (a favor o en contra del primado, respectivamente, pues el primo de Enrique VIII escribió el tratado *De unitate* en 1536), aunque tal vez la acción más efectiva fue la realizada por la santidad de Fisher, parece concluir el autor. El debate teológico realizado entre ambos resulta sin embargo de gran interés, sobre todo en la doctrina eucarística y sobre el primado. Después de las personalidades, el autor dirige su mirada a los teólogos acerca de

Roma y las creencias católicas: su postura es cercana a las anteriores polémicas teológicas y políticas. En fin, en el apartado cuarto (*Catholic voices*, pp. 211-253), Duffy escucha la «voz conservadora» de la Reforma inglesa, que contrasta con la postura oficial y que en ocasiones vuelve a las prácticas primitivas, como la reserva de la eucaristía. El título del último capítulo sobre la vida monástica resulta igualmente expresivo: *Bare ruin'd choirs: remembering Catholicism in Shakespeare's England*. En resumen: un libro imprescindible para seguir escribiendo la historia del anglicanismo en su tierra de origen.

Pablo BLANCO

Plácido María Gil IMIRIZALDU, *Iban a la muerte como a una fiesta. Memoria del martirio de Barbastro*, Madrid: Encuentro, 2012, 191 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-159-7.

En el año 2006, se publicó el libro titulado *Un adolescente en la retaguardia. Memoria de la guerra civil (1936-1939)*, del P. Plácido Gil Imirizaldu. Tuvo un sorprendente éxito. El autor, siendo todavía un novicio de tan sólo 15 años, había sido testigo directo de la persecución y martirio de los monjes benedictinos del monasterio de El Pueyo (Barbastro) y nos narraba, de una manera sencilla y sin acritud alguna, aquellos terribles años. Ahora, años después de que el P. Plácido falleciese (2009), sale a la luz otro libro suyo, en el que se completan aquellos episodios por él vividos.

Comienza con una introducción geográfica e histórica de la ciudad de Barbastro y del monasterio de El Pueyo. Cuenta con detalle la leyenda-tradición de Baladrán, un pastor de aquella tierra, al que en el año 1011 se le apareció la Virgen sobre un almendro en la cima de una montaña cercana a la capital del Vero. Él mismo construye allí un sencillo templo que se encarga de admi-

nistrar y después llega a ser ordenado sacerdote. El P. Plácido nos cuenta la historia del monasterio que más tarde allí se levantó y en el que se conservaba la imagen de Nuestra Señora de comienzos del siglo XII. Tras la desamortización, el monasterio fue adquirido por vecinos de Barbastro y en 1883 se instaló en él una comunidad de benedictinos que vivieron la regla de su fundador: *Ora et labora*. Allí rezaban, estudiaban y trabajaban los dominios de 300 hectáreas que les correspondían, y también colaboraban con las labores pastorales de la diócesis. En 1936, la comunidad estaba formada por 26 religiosos de edades muy variadas, desde los jóvenes profesos, el menor de 11 años, hasta los 67 del mayor. El 11 de julio de ese año uno de los religiosos hizo allí su profesión solemne presidida por Mons. Florentino Asensio, el Prelado diocesano, celebrando entonces una alegre fiesta. Aunque la situación estaba revuelta, no podían imaginarse las penas que en los días siguientes les iban a venir.

Barbastro fue, desde los primeros días de la guerra civil, un lugar en que se concentraron numerosos milicianos, la mayor parte procedentes de Cataluña y que se dirigían al frente. Enseguida los religiosos y muchos católicos fueron perseguidos. El 21 de julio, ya fue detenido uno de los monjes. Un día después obligaron al resto de la comunidad a abandonar el monasterio pudiendo llevar consigo tan sólo algunos enseres personales. Antes de dejarlo, pudieron esconder la imagen de la Virgen y llevarse el Santísimo Sacramento. Fueron trasladados a Barbastro y encarcelados en el colegio de los Padres Escolapios, en el que se encontraban otros religiosos: claretianos, escolapios y el Sr. Obispo, junto con algunos sacerdotes diocesanos. Les encerraron en las aulas en condiciones penosas, teniendo que dormir en el suelo, sin apenas servicios y con un calor asfixiante. Los primeros días pudieron celebrar la Santa Misa, pero a partir del día 25 les quedó totalmente prohibido. Los más jóvenes –entre ellos Gil Imirizaldu– dormían en el laboratorio de física y química, bajo un esqueleto que allí conservaban. También allí había numerosas pequeñas cajas de cartón en las que se guardaban minerales. En una de ellas conservaron la Sagrada Eucaristía que los sacerdotes se encargaron de distribuir mientras les fue posible. El lugar de reserva variaba de caja en caja colocando una hoja de albahaca para su localización. Ese laboratorio se convirtió en el oratorio de los monjes.

Entre tanto, oían los comentarios de la calle. En una ocasión cuando el anarquista Durriti pronunció un discurso, escucharon los gritos del pueblo dirigidos hacia ellos. *¡Que los maten!* Los monjes benedictinos sabían que ese iba a ser su destino. El día 25, ejecutaron al primero. A partir de entonces iban viendo cómo un miliciano, al que llamaban «*el enterrador*», leía una lista de nombres a los que sacaban de aquella cárcel. Los que allí quedaban escuchaban, poco después, los disparos que confirma-

ban que habían sido ejecutados. Fueron sacando así a los cincuenta claretianos, al Sr. Obispo y a otros sacerdotes. Los Padres benedictinos continuaron aún más tiempo, pero tenían la seguridad de que pronto serían ellos los llamados. Resulta sorprendente la actitud que tenían ante la muerte. Eran conscientes de que morían por la fe por lo que tenían un fuerte convencimiento de que lo suyo era un verdadero martirio. Eso les llevaba a sentirse honrados y a prepararse convenientemente.

Un día se sacaron a los cinco más jóvenes. El menor –Juanito– no tenía todavía los 12 años y el mayor era Gil Imirizaldu, con tan sólo 15. Les destinaron a servicios como pinches en la cantina. La separación del resto de la comunidad fue para todos muy dolorosa. Estando allí, fueron enterándose de la muerte de sus superiores. El relato que el autor hace de los últimos momentos de aquellos benedictinos es conmovedor a la vez que ejemplar. *Iban a la muerte como a una fiesta*. Gil Imirizaldu salvó su vida por su excesiva juventud. Años después pudo llevar a término su vocación benedictina y ha podido contar lo que él vivió. Falleció en monasterio de Leyre (Navarra), con una edad muy avanzada.

A lo largo de todo el libro descubrimos la actitud de perdón que mantuvieron siempre estos mártires, con lo que el autor concluye diciendo: «No se puede dudar de que quienes los mataron tenían sus motivos políticos y sociales (...) pero ellos murieron únicamente por la fe y el amor a Dios. Su pasión y su muerte están renovando el ejército de los mártires cristianos».

El libro no deja indiferente a quien lo lea. En él se descubre el heroísmo de aquellos monjes benedictinos que, junto con otros religiosos y numerosos seglares, dieron su vida en Barbastro durante aquellos aciagos años, por la única razón de profesar su fe en Jesucristo.

Pedro ESTAÚN